

La extraordinaria historia de
Jaime I
el Conquistador

UN REINO
EN LLAMAS
(1252-1276)

J. R. BARAT

La extraordinaria historia de

Jaime I

el Conquistador

UN REINO
EN LLAMAS
(1252-1276)

algaida



Ilustración de cubierta: Cuadro conmemorativo del 750 aniversario de la donación de las villas de Banyeres y Serrella a Jofré de Loaysa y su mujer Jacometa por parte de Jaime I (acrílica sobre táblex, 116 x 81 cm. Pinacoteca del Ayuntamiento de Banyeres de Mariola, Alicante), del autor Carles Blázquez. Fotografía de Araceli Ferre (Fotos Morenet).

Diseño de cubierta: Enrique Iborra

Primera edición: 2023

© J. R. Barat, 2023
© Algaida Editores, 2023
Avda. San Francisco Javier, 22
41018 Sevilla
Teléfono 95 465 23 11. Telefax 95 465 62 54
e-mail: algaida@algaida.es
ISBN: 978-84-9189-863-4
Depósito legal: SE. 1273-2023
Impreso en España-Printed in Spain

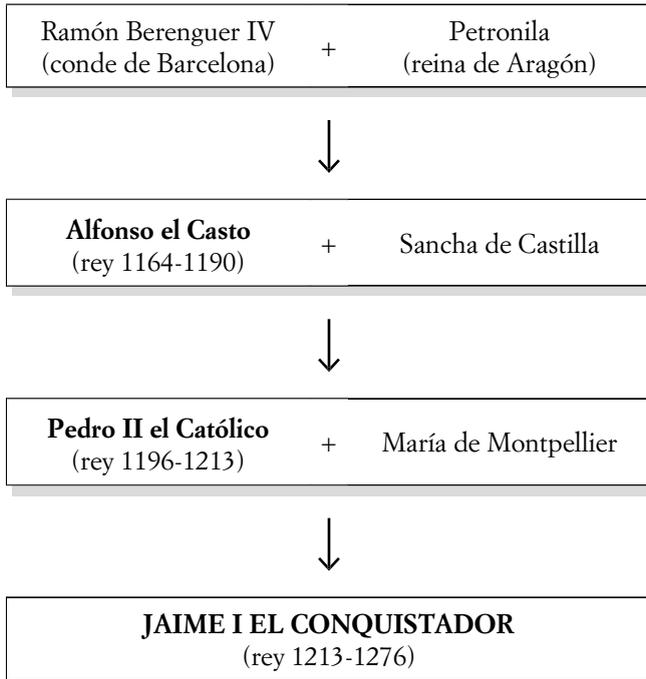


Reservados todos los derechos. El contenido de esta obra está protegido por la Ley, que establece penas de prisión y/o multas, además de las correspondientes indemnizaciones por daños y perjuicios, para quienes reprodujeren, plagiaran, distribuyeren o comunicaren públicamente, en todo o en parte, una obra literaria, artística o científica, o su transformación, interpretación o ejecución artística fijada en cualquier tipo de soporte o comunicada a través de cualquier medio, sin la preceptiva autorización.

ÍNDICE

Esquemas genealógicos.....	9
Prólogo	13
1. ^a parte (1252-1261).....	17
2. ^a parte (1262-1268).....	129
3. ^a parte (1269-1276).....	235
Epílogo.....	349
Glosario de personajes	351

ÁRBOL GENEALÓGICO DE JAIME I



ESPOSAS E HIJOS LEGÍTIMOS

<p>Leonor de Castilla (reina 1221-1230)</p>	<p>Alfonso (1229-1260)</p>
<p>Violante de Hungría (reina 1235-1251)</p>	<p>Violante + Alfonso X el Sabio (1236-1301) (rey de Castilla) -----</p> <p>Constanza + Manuel de Castilla (1238-1269) (infante. Hermano de Alfonso X) -----</p> <p>Pedro + Constanza de Sicilia (1240-1285) (hija de Manfredo) -----</p> <p>Jaime + Esclaramunda de Foix (1243-1311) (hija de Roger IV de Foix) -----</p> <p>Fernando (1245-1250) -----</p> <p>Sancha Religiosa (1246-?) -----</p> <p>Isabel + Felipe III el Atrevido (1247-1271) (rey de Francia) -----</p> <p>María Religiosa (1248-1267) -----</p> <p>Sancho Religioso (1250-1275)</p>
<p>Teresa Gil de Vidaure (reina consorte 1254-1265)</p>	<p>Jaime de Jérica + Elsa de Azagra (1255-1285) (nieta de Teobaldo I de Navarra) -----</p> <p>Pedro de Ayerbe + Aldonza de Cervera (1259-1318)</p>

AMANTES CONOCIDAS E HIJOS ILEGÍTIMOS RECONOCIDOS

Elo Álvarez	
Aurembiaix	
Blanca de Antillón	Fernando Sánchez de Castro (1240-1275)
Genesisia	Fernando, abad de Montearagón
Berenguela Fernández	Pedro Fernández de Híjar (1245-1299)
Elvira Sarroca	Jaime Sarroca (muerto en 1289) Pedro del Rey (muerto en 1308)
Guillerma de Cabrera	
Berenguela Alfonso	
Sibila de Saga	

PRÓLOGO

UN HOMBRE ES UN MILAGRO IRREPETIBLE QUE EN OCASIONES DETERMINA el devenir de los acontecimientos. Tal sucede con Jaime de Aragón, el protagonista de esta historia. Sin él, el mundo que conocemos, nuestro mundo, habría sido muy diferente de como lo hemos heredado.

Por lo pronto habrá que decir que su vida se debió a una suma de azarosas casualidades, si se admite que el azar existe y no es la Providencia la que teje con su mano sabia y paciente el destino de los hombres.

Para un individuo del siglo XXI, comprender el comportamiento de personajes que vivieron ochocientos años atrás puede resultar complejo, por no decir imposible. Es probable que los seres humanos seamos siempre los mismos, con nuestra carga de sentimientos y emociones, pero las costumbres y los usos difieren —incluso abismalmente— de una época a otra, de una a otra sociedad.

Si viajáramos al corazón de la Edad Media, hallaríamos un laberinto de arenas movedizas y fronteras cambiantes. Europa era un escenario de fanatismo y violencia incontrolada donde reyes cruzados, emperadores herejes, papas inquisidores, nobles cátaros, obispos ambiciosos, caballeros templarios, piratas berberiscos, califas sarracenos, bizantinos y mongoles se enfrentaban en una interminable guerra de todos contra todos.

El reino que heredó Jaime con cinco años era uno de los más poderosos del continente: Aragón, Cataluña y el sur de la actual Francia; una enorme extensión de territorios feudatarios de su corona a ambos lados de los Pirineos, que limitaba al norte con los francos, al oeste con los reinos cristianos de Navarra y Castilla, al este con el Sacro Imperio y al sur, según la Marca Hispánica, con los musulmanes.

Suele ocurrir que las grandes historias empiezan a fraguarse mucho antes del nacimiento del héroe, en ese espacio brumoso donde la realidad y la leyenda se confunden, y esta no es una excepción.

Discurría el siglo XII cuando la joven Eudoxia, hija del emperador de Bizancio Manuel Comneno, fue prometida al rey de Aragón, Alfonso el Casto, que de casto no tenía nada. Tal vez por esto y por su afición a la música había quienes preferían llamarlo el Trovador. El viaje de la princesa estuvo plagado de dificultades y desgracias, hasta el punto de que tardó casi medio año en aparecer por los territorios del futuro esposo. Alfonso el Casto, impaciente y alocado, cambió de planes durante la espera y prefirió unirse a la Corona castellana, con la que tramaba la guerra contra los moros, y de manera inopinada contrajo matrimonio con Sancha de Castilla, dejando con un palmo de narices a la bizantina.

En cuanto llegó a Montpellier, que por aquel entonces pertenecía a la Corona de Aragón, y fue informada del suceso, Eudoxia intentó suicidarse. Finalmente, aconsejada por unos y por otros, aceptó humillada el matrimonio con el señor de la ciudad, Guillermo VIII, a pesar de que jamás hasta entonces una princesa se había casado con un simple señor. De esa boda inaudita nació dos años más tarde María de Montpellier.

Entretanto, Alfonso el Casto vivía lleno de remordimientos. Cierta noche, tuvo un sueño en el que se le apareció la muerte para recordarle que estaba en pecado mortal por haber faltado a su palabra de rey y haber engañado a la princesa bizantina. La pesadumbre acabó convirtiéndose en una terrible congoja que amenazaba con asfixiarlo. Hasta que otra noche volvió a aparecérselo la muerte diciéndole que el tiempo de enmendar su falta se terminaba y que solo había un medio para hacerlo: casando a su primogénito, Pedro, con la hija de Eudoxia. De ese modo, la sangre de Aragón se uniría con la sangre bizantina y la afrenta sería reparada.

Pedro de Aragón y María de Montpellier, pues, fueron obligados a casarse. Y de ese matrimonio inverosímil y condenado al fracaso desde el primer día nació inesperadamente Jaime, el protagonista de nuestra narración.

Esta que sigue es, a grandes rasgos, la historia de su vida después de la muerte de su esposa doña Violante.

Su milagro.

1.^a PARTE

(1252-1261)

LA MUERTE DE VIOLANTE DE HUNGRÍA FUE UN MAZAZO DEL destino del que Jaime tardó casi un año en recuperarse. Había sido la esposa perfecta y estaba seguro de que jamás encontraría otra mujer como ella. Le había dado nueve hijos y lo había ayudado a conquistar Valencia y a gobernar el reino con su sentido común y su discreción. Hábil con los nobles, prudente con los ricos-hombres, encantadora con reyes y príncipes, tolerante con judíos y sarracenos, sabía dar a cada uno lo que necesitaba y negociar siempre con un alto sentido de Estado.

Durante aquellos meses, el monarca se dejó arrastrar por la indolencia, incapaz de sobreponerse a la fatalidad de que Violante hubiera abandonado el mundo con treinta y seis años, dejándolo huérfano y sin asideros, y solo ahora, extraviado en su soledad, podía alcanzar a comprender los enormes méritos de su esposa.

Jaime se refugió en su piedad religiosa y vivió alimentándose de oraciones y recuerdos, mientras que sus hombres de confianza —Bernardo de Entenza, Jimeno Pérez o Asalid de Gúdar, sobre todo— se encargaban de los asuntos de gobierno.

El consuelo que encontraba en sus plegarias y en su vida retirada le devolvió poco a poco la fe en los designios irrefutables de Dios, y estaba seguro de que el Altísimo trazaba los derroteros del mundo, aunque él, pobre mortal, no los comprendiera cabalmente.

Pero los problemas de su gobierno eran tantos y tan grandes que era imposible mantenerse al margen de la realidad durante largo tiempo. Así, sin darse cuenta, fue recuperando las ganas de volver a la vida. Pronto advirtió que el reino necesitaba del rey y que el rey necesitaba también del reino, y comenzó a recorrer de nuevo las tierras, los castillos y las villas que se hallaban bajo su cetro y a dejarse seducir por los afanes cotidianos de la existencia.

Al fin y al cabo, estaba completamente convencido, Violante lo seguía protegiendo desde el más allá y velaba por él.

Blanca de Antillón ganaba con los años. Había cogido un poco de peso, pero al soberano le pareció que estaba más hermosa y apetecible que nunca.

—Hacía mucho tiempo que no os veía —dijo Blanca a modo de bienvenida—. Pensaba que os habíais olvidado de mí.

—Sabéis que no haría eso nunca —respondió Jaime, besándole la mano.

Ella sonrió con aire triste.

—Lo sé. Estoy al tanto de la muerte de vuestra esposa y vuestro hijo.

Se hallaban en uno de los balcones orientados al norte, desde el que se divisaban las espesuras boscosas tras las que daban comienzo los Pirineos.

—Si solo fuera eso... —añadió Jaime con pesadumbre—. No sé si me creeréis, pero a medida que voy envejeciendo cada vez tengo más problemas.

—Vos no sois viejo —protestó Blanca con un soplo de coquetería—. Sois un hombre maduro, lo que os hace aún más interesante. —Blanca se acercó hasta el rey y se quedó mirando su cabello—. Tenéis un montón de canas. ¿Lo sabíais?

—¿Veis? Me hago viejo.

Blanca se puso de puntillas y lo besó en los labios con suavidad.

—A mí me gustáis con canas y todo.

Jaime volvió a besarla, esta vez con brusquedad, como si deseara recuperar con aquel beso el tiempo que habían permanecido sin verse.

—¿Y mi hijo?

Blanca lo condujo hasta una terraza desde la que se veían los establos y las cuadras. También se podía observar una empalizada con caballos de montar junto a la cual había algo de gente.

—Ahí tenéis a Fernando Sánchez, barón de Castro, vuestro hijo —afirmó Blanca orgullosa—. Anda siempre entre los soldados y los hombres de armas. Le encantan los caballos. Todos los días me pregunta cuándo lo dejaré ir a la guerra.

El soberano aragonés sonrió.

—Vamos. Quiero hablar con él.

Blanca y Jaime descendieron a la planta baja de la vivienda, atravesaron el patio de la entrada y salieron a la zona donde estaban las caballerizas.

Cuando llegaron, encontraron una escena divertida. Un chico de diez años y un hombre vestido con una simple túnica luchaban con espadas de madera mientras los demás formaban un corro alrededor y los jaleaban.

Al ver al rey, los adultos abandonaron la bulla y adoptaron una actitud respetuosa. El que peleaba con el joven Fernando también se quedó inmóvil, momento que aprovechó el mozalbete para tocarlo con la espada en el estómago, simulando que le daba muerte.

—¡Os vencí! —gritó el chico.

El hombre puso cara de pasmo. No sabía si fingir que se caía al suelo, derrotado, o continuar de pie en señal de respeto hacia el rey.

Jaime soltó una carcajada. Luego desenvainó su espada y apuntó a Fernando, que, sin pensárselo dos veces, comenzó a luchar contra su padre como si estuviera haciéndolo contra un encarnizado enemigo. El rey se limitó a esquivar las embestidas furiosas pero torpes del chico. Al fin, cuando consideró que la broma ya se alargaba suficiente, levantó los brazos en alto.

—¡Me rindo!

Fernando aprovechó para tocar con la punta de la espada el vientre del monarca.

Todos los presentes aplaudieron la bravura del joven.

—¡Eres valiente! —celebró Jaime convencido—. ¡Creo que llegarás a ser un gran guerrero! ¡No quisiera estar en la piel de tus enemigos!

Los hombres volvieron a reír al escuchar aquellas palabras.

El rey puso su mano sobre la cabeza del chico y le revolvió el cabello, castaño y abundante, en un gesto de cariño. Fernando era espigado, flaco, y había en sus ojos una expresión de firmeza. A Jaime le gustaba aquel mozuelo.

—¿No le vas a dar un beso a tu padre? —preguntó Blanca.

El muchacho abrió los brazos. El soberano lo cogió por las axilas con sus manazas, lo levantó en volandas y le dio varias vueltas en el aire.

—Esta tarde iremos a cabalgar juntos —propuso el rey—. ¿Te apetece?

—Claro —respondió el chico entusiasmado.

—Os noto preocupado —observó Blanca.

Se habían sentado en la hierba, a la sombra de unos castaños. Ante ellos el río serpenteaba con una cristalina mansedumbre. Más allá de la verde celosía que formaban las copas de los árboles se entreveía el azul purísimo del cielo, salpicado de diminutas nubecillas blancas.

El pequeño Fernando, a unos treinta pasos de distancia, seguía el curso de los peces en la corriente remansada del río y les tiraba piedras de vez en cuando.

—Por eso tengo tantas canas —bromeó el rey.

Blanca se tendió sobre la hierba y cerró los ojos.

—Supongo que estaréis al tanto de la muerte del rey de Castilla —dijo Jaime.

—¿Y eso es lo que os preocupa?

—No sé qué pensar. Creo que Fernando III ha sido un gran rey y solo espero que su hijo se le parezca, aunque no las tengo todas conmigo.

—Es vuestro yerno, ¿no? Ahora vuestra hija es la reina de Castilla.

Jaime apoyó la espalda en el tronco de un árbol.

—Mi hijo Alfonso y mi yerno se entienden a las mil maravillas, aunque yo no entiendo a ninguno de los dos. Muchos de los ricos-hombres aragoneses, que me sonrían y adulan, están siempre maqui-

nando a mis espaldas. En el sur se me amontonan los problemas con los musulmanes. He logrado desterrar a un caudillo llamado Al Azraq, que era el que había soliviantado a los campesinos, pero las fronteras con Murcia y con Castilla siguen siendo débiles, ya que la mayor parte de la población es sarracena.

—¿Cómo es eso?

—Los cristianos de Aragón y Cataluña no quieren irse tan lejos, a pesar de que reparto tierras y casas en abundancia. La gente teme dejar lo conocido, sus hogares de siempre. Para alguien de Barbastro no debe de ser fácil abandonar su tierra y empezar una nueva vida en Albaida o en Alcoy.

Jaime guardó silencio. Su mirada se había posado en el pequeño Fernando, que corría por la orilla del río, siguiendo el curso de una rana y dando gritos. Pensó en su hijo muerto, también llamado Fernando, y se dijo que la vida es una lotería caprichosa y absurda. Unos viven y otros mueren porque lo dictamina la Providencia o el azar. ¿Quién puede saberlo? ¿Por qué Dios, en su infinita sabiduría, concede la gracia de una existencia plena de vigor y satisfacciones a unos y, en cambio, les escamotea toda posibilidad de florecimiento a otros?

—¿Hay más todavía? —preguntó Blanca, tumbada y con los ojos cerrados.

Jaime regresó al presente. Recordó la última carta recibida desde Montpellier. En ella, Raimond Atbrand lo prevenía de inminentes conflictos.

—En el norte las cosas tampoco van bien.

—Cuando decís el norte, ¿a qué os referís? Vuestro reino es tan grande que no sé dónde situar el centro de vuestro poder.

El rey contemplaba a Fernando, que se había subido a un árbol como un gato salvaje.

—Montpellier. Creo que cometí una estupidez y ahora lo voy a pagar caro.

—Allí siempre os han estimado, ¿no?

—Bueno, eso era antes, según parece.

—¿Por qué decís eso?

—Es largo de contar. Hace un par de meses, de acuerdo con el lugarteniente de la ciudad y algunos funcionarios, decidimos apro-

piarnos de la *mealba*, que es un tributo que suele gestionar el propio municipio. No podéis figuraros la polvareda que se levantó. La *mealba*, junto con la lezda, genera importantes ingresos económicos.

—Y las arcas reales a veces necesitan dinero...

—Claro.

—Comprendo. Queríais gestionar un impuesto que no os correspondía por ley.

—Eso creo —reconoció Jaime apesadumbrado—. El caso es que se ha armado un gran revuelo y he tenido que volver atrás. Los burgueses me miran con malos ojos. Los cité en Barcelona para juzgar el asunto, pero ni siquiera se dignaron a venir.

—¿No podéis obligarlos?

—En realidad, el soberano originario de Montpellier es el obispo de Magalona, una serpiente con sotana. Los burgueses, que antes lo odiaban, se han hecho fuertes con su apoyo. Además, también han apelado a la ayuda de Carlos de Anjou, el actual conde de Provenza.

—Pero ¿vos no sois señor de Montpellier?

—Sí, claro, aunque el que gobierna, como os digo, es el obispo. Yo, en realidad, no soy más que un vasallo suyo.

—¡Cualquiera lo entiende!

—A los montpellerinos lo que más les preocupa es defenderse de los marselleses, sus enemigos comerciales. Deben de haber pensado que están mejor protegidos con ellos que conmigo. No sé de qué forma voy a solucionarlo.

—¿Quién es ese clérigo que, según decís, parece una serpiente? Jaime rio a su pesar.

—Es un reptil, no os quepa ninguna duda, que siempre estuvo al servicio de Blanca de Castilla, la reina francesa. Ahora que la reina ha muerto, se pondrá a las órdenes de su hijo, el rey Luis. Si el obispo se convierte en vasallo del Capeto, yo seré de manera indirecta vasallo del francés. ¿Os dais cuenta de la jugada?

Blanca se incorporó. Abrazó sus propias rodillas y contempló a Jaime, entre divertida y preocupada.

—Esto de la política es demasiado complicado.

—Soy señor de Montpellier, pero no rey. Esa es la verdad. Y no tendré más remedio que aceptar lo que el destino me depara.

—Necesitáis olvidaros de todo por un tiempo. Si no lo hacéis, terminaréis perdiendo la razón.

—A veces me pregunto si no la he perdido ya un poco.

Fernando llegó corriendo hasta ellos.

—Madre, quiero cabalgar un rato.

Blanca y Jaime se pusieron de pie.

—Me parece una buena idea —dijo el monarca, alzando la vista y atisbando la lejanía—. ¿Qué tal si vamos a echar un vistazo a aquella loma?

—Seguro que la alcanzo antes que vos —gritó el niño echando a correr hacia los caballos, que pacían tranquilos a unos cuantos pasos de distancia.

—¡Este muchacho es un remolino! —exclamó Blanca sonriendo.

—Es una bendición del cielo —replicó Jaime cogiéndola de la mano.

Barcelona crecía a pasos agigantados. Se estaba convirtiendo en una de las mayores urbes del Mediterráneo. La actividad comercial era tan grande que no paraban de llegar nuevas gentes, atraídas por su prosperidad. Las obras del puerto habían costado varios años y al fin habían concluido, así como las murallas recién construidas, que no podían contener el crecimiento extramuros. Las viviendas brotaban sin control formando barrios interminables, tanto hacia la playa como hacia la montaña de Montjuic.

El rey abandonó el palacio en compañía de algunos hombres de su séquito. Deseaba saludar personalmente a doña Martina de Lécera, una dama que acababa de enviudar de uno de los caballeros más leales de don Guillem de Moncada.

Acompañado de varios consejeros y unos pocos hombres de armas, Jaime llegó a la casa de doña Martina tras callejear un rato. Le gustaba hacerlo de vez en cuando para comprobar por sí mismo el aspecto que iba adquiriendo aquella ciudad a la que tanto amaba.

—Esperad aquí —les dijo cuando uno de los sirvientes les abrió la puerta—. No tardaré mucho.

Los consejeros asintieron con una leve inclinación de cabeza.

El sirviente condujo al monarca hasta el salón principal de la casa, que tenía las puertas entornadas, anunció la presencia del soberano y lo invitó a pasar con una reverencia.

Doña Martina de Lécera y la dama que la acompañaba se pusieron de pie al verlo entrar. Estaban junto a una de las ventanas que daba al jardín. La viuda debía de haber sobrepasado ya la cuarentena. Era una mujer algo obesa, poco agraciada físicamente. El negro de su atuendo delataba su reciente viudedad. La otra mujer lucía un brial granate oscuro. Parecía bastante más joven y estaba mucho más delgada.

—Majestad —dijo la anfitriona—, es un honor...

—Doña Martina, lamento lo de vuestro marido. Andreu de Calaf fue uno de los mejores caballeros que combatieron siempre por la corona de Aragón. Su pérdida es una desgracia para todos.

Doña Martina se limpió un par de lagrimitas con el pañuelo que tenía en la mano derecha. Luego señaló con el rostro a la mujer que estaba a su lado.

—Gracias, mi señor. Permitidme que os presente a doña Teresa.

Jaime desvió los ojos y contempló con curiosidad a aquella mujer que lo estaba observando con una sonrisa indescifrable.

—Es un placer, mi señora.

La dama inclinó apenas la cabeza en señal de reconocimiento y siguió mirando fijamente al rey. En sus ojos había un destello de ironía y tristeza. Jaime se quedó observándola unos instantes extraño. Aquel rostro no le era desconocido del todo. Era posible, incluso, que hubiera visto a aquella mujer en otra ocasión, pero ¿cuándo y dónde? Hizo esfuerzos por recordar, pero no fue capaz de conseguirlo.

—¿Nos conocemos? —preguntó al fin.

—Así es, mi señor.

Jaime se daba a todos los diablos. ¿Cómo era posible que hubiera olvidado a una mujer tan hermosa como aquella?

—Pues a fe mía que no recuerdo dónde nos hemos visto anteriormente. Estoy sinceramente confundido.

—Nos vimos por última vez hace veinte años. Yo tenía solamente catorce.

Jaime frunció el ceño mientras la miraba atentamente y escarbaba en el arcón de su memoria. De pronto, su rostro se contrajo en una mueca de incredulidad.

—¿Sois Teresa Gil de Vidaure?

—Para serviros, majestad.

El rey pestañeó varias veces porque creía que era víctima de un encantamiento. Teresa seguía siendo tan bella como en su lejana pubertad. Jaime sintió que su corazón había comenzado a latir violentamente. El destino volvía a poner a su alcance a aquella mujer por la que él hubiera cometido cualquier locura veinte años atrás.

—¡Vaya! —exclamó doña Martina, que asistía maravillada a aquel inesperado reencuentro—. ¡No me digan que ya se conocían!

Jaime obsequió a la anfitriona con una sonrisa gentil.

—Así es, mi señora. Doña Teresa y yo somos viejos amigos.

—Pues, entonces, sabréis que doña Teresa también es viuda —comentó doña Martina.

Jaime volvió a mirar a Teresa. La incredulidad había dado paso a la inquietud.

—¿Viuda?

—Mi marido murió del garrotillo hace seis años.

—¿Don Pedro Sánchez?

—Veo que recordáis su nombre.

—Y también recuerdo que era señor de Lodosa.

—Tenéis buena memoria, majestad.

Jaime se preguntó si ella también se acordaría de la promesa incumplida.

—Lamento también su muerte —dijo el monarca, tratando de espantar con aquella frase la mala conciencia.

Los tres eran viudos, así que no tardaron en derivar la conversación hacia lo que los unía en aquellos momentos. Durante una hora Jaime conversó con ambas damas sobre la fragilidad de la existencia y los vaivenes de la fortuna. Doña Martina hablaba casi más que el propio rey, enhebrando unos temas con otros con pasmosa facilidad. Del extravío inicial, tras el reciente fallecimiento de su marido, pasó a desgarrar las desventuras a que se veía sometida por la tarea de sacar

adelante sola a seis hijos, y de los hijos pasó a reflexionar acerca de la educación y el respeto a las tradiciones.

Teresa permanecía callada mientras doña Martina hablaba y Jaime replicaba con observaciones y comentarios. El rey aprovechaba cualquier momento para observarla. Teresa tenía el cabello negro como el azabache recogido en un moño, los ojos del color del otoño y la boca carnosa. Su piel era blanca y sus rasgos delicados y suaves. Desprendía elegancia en cada gesto. Estaba tan deseable como cuando la conoció.

—¿Y vos? ¿No tenéis hijos? —preguntó Jaime a Teresa.

—Un varón. Se llama Sancho. Ya tiene cinco años.

—El difunto marido de Teresa, don Pedro Sánchez, era primo mío —intervino doña Martina—. Su muerte fue una verdadera tragedia, pero yo le digo a doña Teresa que no se aflija, que es joven todavía...

—Yo no volveré a casarme —replicó Teresa Gil sin dejarla terminar—. Amaba a Pedro y estoy segura de que no podré querer a ningún otro hombre.

Jaime se preguntó si estaba pensando en él al decir aquellas palabras. ¿Qué había ocurrido realmente entre ellos dos en la lejanía de Albarracín? ¿Qué fue de su promesa de desposarla? ¿Qué sentimientos albergaba Teresa respecto a él? ¿Rencor, odio, añoranza, indiferencia...?

Se preguntó qué sentía él, en qué creía, cuál era el norte que guiaba sus pasos en aquellos momentos de su vida. Había amado con locura a Violante, de eso no tenía ninguna duda, y, no obstante, aquel cariño incondicional no le había impedido desear o querer a otras mujeres, incluso a otras amantes esporádicas de quienes ni siquiera recordaba el nombre. Teresa era la única de aquella interminable lista que no se había rendido a sus pretensiones amorosas.

—No podéis hablar en serio —respondió doña Martina—. El tiempo todo lo cura. Vuestro esposo, don Pedro, que en gloria esté, era un buen hombre que...

—¿Un buen hombre? ¡Solo tenía veintitrés años y apenas pudo disfrutar de su hijo! Era la persona más maravillosa que pueda existir... —Al decir aquello, observó al rey, que seguía sus palabras con interés—. Perdón, majestad, no pretendía ofenderos.

—¿A mí? —El monarca sonrió—. En absoluto.

—Después de la muerte de mi marido solo me queda el consuelo de Dios. Hace ya trece años que enviudé y no paso una noche sin pensar en retirarme a un convento.

—La vida de una monja no debe de ser sencilla —comentó doña Martina.

—Tampoco es sencilla la de una viuda —replicó Teresa.

—Pues si os sirve de consuelo —terció Jaime, divertido por el rumbo de la conversación—, os diré que la vida de un rey es una zozobra continua.

—A veces pienso que Dios nos pone a prueba con excesivo rigor —dijo doña Martina—. No creo que los seres humanos merezcamos sufrir tantas calamidades como las interminables guerras, el fallecimiento de un marido o de un hijo, o una penosa enfermedad.

—Todo lo que sucede está perfectamente diseñado por Dios —arguyó Teresa Gil.

El soberano se levantó.

—Me gustaría retomar esta conversación otro día. No puedo quedarme más tiempo. He de atender asuntos que no admiten demora. ¿Sería posible volver a vernos?

—Teresa viene a visitarme todos los jueves por la tarde, como hoy.

El rey sonrió.

—El jueves entonces —recordó.

Las dos damas se pusieron de pie.

—Gracias por vuestra visita, majestad —dijo doña Martina.

—Señor... —balbuceó Teresa sin mirarlo a la cara.

Jaime dio media vuelta y salió de la sala. A partir de esa misma tarde, el rey comenzó a contar los días que faltaban para que llegara el jueves.

Aquel fue un año difícil. Las sequías habían castigado a los campesinos como no se recordaba en mucho tiempo y las cosechas se echaron a perder. Antes del verano se propagó una brutal epidemia, con toda probabilidad originada por la propia escasez de agua, que diezmo la ganadería. El hambre y la miseria se adueñaron del reino y nadie pudo satis-

facer sus obligaciones tributarias, por lo que la mayor parte de los recaudadores de impuestos se presentó ante el rey con las manos vacías.

El soberano hizo venir a palacio a Ben Halfa, un prestamista con el que había cerrado otras transacciones, porque las arcas reales rozaban la bancarrota. Halfa vestía el hábito de los judíos y cubría su cabeza con una kipá negra. Tenía los ojos oscuros, hundidos en las cuencas, la nariz ganchuda y los labios finos. Formaba parte de una pequeña élite económica barcelonesa, que soportaba la continua animadversión de cristianos exaltados.

—Que Dios sea con vos, majestad —saludó Ben Halfa, inclinándose; el joven ayudante que venía con él también bajó la cabeza.

Jaime estaba acompañado de Jimeno, Entenza y Asalid.

—Celebro veros, Ben Halfa. ¿Cómo se encuentra vuestra familia?

—Yahvé nos concede salud, y la salud hace prosperar a los hombres.

—Sabías palabras, judío.

El prestamista agradeció el cumplido con un gesto.

—Amigo mío —dijo el rey con expresión apenada—, ha sido un mal año y necesito vuestra ayuda. Ajustad con mi secretario los detalles del nuevo préstamo, como hemos hecho hasta ahora. ¿Os parece bien?

—Majestad, bien sabéis que nunca os he negado nada. Sin embargo...

—¿Qué ocurre? Siempre os he devuelto el dinero con los intereses que hemos pactado.

—No es eso, mi señor. Precisamente estaba pensando en venir a veros cuando recibí vuestro aviso. He creído que era una casualidad o una señal divina. ¡Estoy en un apuro!

—¿Se trata de la Inquisición?

El judío dijo que sí sin abrir la boca.

—Hace tiempo que nos sentimos presionados, señor. No hemos protestado porque no queremos causar problemas, pero nos acusan de conspirar contra los cristianos, de blasfemar, de desearos a vos enfermedades y desgracias, de representar un peligro social por nuestras costumbres. Nosotros, señor, somos gente tranquila...

El rey pensó en Mosé ben Nahmán, el judío que le había salvado la vida. Y recordó la promesa que le hizo de defender siempre a su pueblo, en especial si era perseguido de manera injusta.

—Nos imputan cosas que son falsas. Dicen que escupimos sobre el crucifijo de Cristo. Señor, no es cierto...

—Calmaos, amigo —pidió el rey—. ¿Quién os acusa?

—Eso es lo malo: no lo podemos saber. La Santa Inquisición se presenta en las casas de los judíos y bajo cualquier pretexto nos lleva. Algunos son encerrados durante días. Estoy absolutamente convencido de que no tardarán en multiplicarse los juicios. El fin está claro: deshacerse de nosotros.

Jaime contempló a sus hombres.

—¿Cómo es que nadie me había advertido de todo esto?

—Señor —balbuceó el barón de Arenoso—, hasta el día de hoy no había mucha agitación. Algún caso aislado, es cierto, pero no le habíamos dado demasiada importancia. Tal vez la Inquisición se está excediendo en el celo de su deber...

Bernardo de Entenza tenía seca la garganta.

—Señor, yo solo puedo asegurar que los judíos no causan problemas. A ninguno de ellos en sus cabales se le ocurriría hacerlo. En cambio, no puedo decir lo mismo de ciertos cristianos que no paran de provocarlos. Poca cosa por ahora...

—¿Poca cosa? —bramó el rey; luego se volvió hacia Ben Halfa—. ¿Habéis sufrido un percance serio?

—He recibido un par de visitas del Santo Oficio. No han logrado demostrar nada, pero no me extrañaría que regresaran cualquier día con una prueba falsa y me llevaran.

Jaime se levantó y comenzó a pasear como un león en una jaula.

—Maldita sea la hora en que acepté esa imposición.

—No hubo más remedio, majestad —recordó Asalid de Gúdar—. La implantación de la Inquisición en vuestro reino era una condición *sine qua non* para que el santo padre os levantara la excomunión.

—Y bien caro que me va a costar... ¡No aceptaré que se cometan injusticias contra los judíos o los musulmanes de mi reino ni aunque las ordene el papa!

—Cuidado, majestad, con lo que hacéis o pensáis —lo previno Asalid—. Hay reyes o emperadores a quienes han excomulgado varias veces.

Jaime iba a lanzar un exabrupto, pero le pareció indecoroso soltar una impertinencia delante de sus hombres y de aquellos dos judíos.

—No os preocupéis, Ben Halfa. Negociad el préstamo con mi secretario y marchad tranquilo a casa. Os doy mi palabra de que nada malo os sucederá.

—Gracias, mi señor —respondió el judío, visiblemente alterado.

LAS VISITAS A CASA DE DOÑA MARTINA DE LÉCERA SE CONVIRTIERON en una costumbre y la costumbre derivó en cita inexcusable.

El soberano se sentía fascinado por la personalidad de Teresa Gil de Vidaure. Su elegancia natural, su refinada sensibilidad y su discreción habían conseguido cautivar al monarca, que veía crecer de manera incontrolable el deseo de poseerla.

La historia volvía a repetirse veinte años después.

Teresa era inmune a los requiebros con que la agasajaba el rey. Al cabo de tres o cuatro visitas, Jaime había acabado por abandonar los formalismos y la cortejaba sin disimulos. Le dedicaba miradas cargadas de intención, frases galantes, sonrisas hechiceras y todo tipo de lisonjas que chocaban con un muro de frialdad. Teresa no se daba jamás por aludida. Cuando el asedio se hacía asfixiante, recordaba lo mucho que seguía amando a su marido y volvía a mencionar sus anhelos de entregarse a Dios.

Jaime se desesperaba. Cuanto más lo rechazaba Teresa, más crecía en su interior aquel fuego que amenazaba con incendiar su alma y su entendimiento.

No había noche que no soñara con ella. Teresa había conseguido desterrar de su cerebro a cualquiera de sus otras amantes. Incluso había olvidado a la propia Violante, y aquella realidad lo llenó de estupor.

Una madrugada se despertó con la entepierna húmeda. Asombrado, descubrió que había eyaculado mientras soñaba con ella. No le había sucedido desde que era un adolescente. La perplejidad le impidió volver a dormirse y se quedó en la cama, despierto hasta el amanecer, pensando en ella, fraguando planes con los que vencer la enconada entereza con que Teresa lo rechazaba.

Nunca se le había resistido un caudillo, una fortaleza o un ejército enemigo. ¿Cómo no iba a poder conquistar a una mujer de treinta y cuatro años?

Aquel jueves por la mañana recibió una carta de doña Martina de Lécera en la que le comunicaba que debían suspenderse las visitas porque se marchaba a Calatayud por razones personales. La acompañaba doña Teresa y ambas estarían fuera un par de meses.

El soberano se quedó con la carta en la mano durante un rato, dándole vueltas a lo que acababa de leer. ¿Por qué se iban así de repente sin ni siquiera despedirse? ¿Es que Teresa no sabía de sus sentimientos? ¿Es que huía de él? ¿Tanto desprecio le merecía su persona? ¿Era posible que ella estuviera tramando la venganza por la promesa incumplida en su juventud? Incapaz de responder a sus propias preguntas, mandó aviso a Bernardo de Entenza para que reuniera a los soldados del séquito de manera inmediata y ordenó a los mozos de cuadra que le ensillaran su caballo.

Dos horas más tarde, Jaime y su comitiva partieron de Barcelona en pos de doña Martina y doña Teresa, a las que encontraron a media tarde cerca de Torrelles de Foix.

Cuando fueron alertadas por los guardias del cortejo de la presencia del rey, las dos mujeres creyeron que el monarca se había vuelto loco. ¡Había recorrido casi diez leguas hasta dar con ellas! Las damas descendieron del carruaje intrigadas.

El rey saltó del caballo y fue a su encuentro.

—¿Por qué os habéis marchado de esta forma tan repentina?

—Os mandé una carta —dijo doña Martina—. En ella os explicaba...

Jaime se había quedado observando a Teresa, como si nadie más existiera en aquel momento. Le importaba un rábano lo que pensarán doña Martina o los soldados que los rodeaban. La única persona en el

mundo que ocupaba su mente era ella. Ni siquiera esperó a que doña Martina terminara su frase.

—¿Os doy miedo?

Teresa alzó los ojos y vio la mirada del soberano desafiándola ante todos.

—Yo no tengo miedo de nada ni de nadie.

—¿Entonces por qué huis de mí?

—Señor, os ruego que no me atormentéis con vuestra insistencia —urgió humildemente Teresa—. Dejadme ir.

Jaime boqueó. Durante unos instantes se quedó sin saber qué decir, confuso como no recordaba haberlo estado jamás. Apartó la mirada y vio que todos los soldados estaban pendientes de su reacción. Doña Martina lo contemplaba entre estupefacta y comprensiva.

Volvió a mirar a los ojos a Teresa.

—Muy bien, pero antes de que prosigáis vuestro viaje quiero hablar a solas con vos.

Ella permanecía serena. Aceptó la mano que el rey galantemente le tendía y ambos comenzaron a caminar para alejarse del grupo. Anduvieron en silencio un buen trecho.

Cuando creyó que nadie podría escucharlos, Jaime se detuvo. Ella se soltó de la mano y permaneció en actitud de recatada humildad.

—Teresa, sabéis que os amo. Llevo amándoos toda mi vida.

Ella no respondió nada ni levantó la mirada del suelo.

—Desde el día en que os vi por primera vez, hace ya veinte años, no he dejado de pensar en vos. Os amo con todas mis fuerzas. Quiero que lo sepáis. Id con doña Martina a Calatayud o a donde deseéis, pero no olvidéis mis palabras. Sabed que os estaré esperando.

Teresa levantó los ojos y los posó en el rey.

—¿Vuestras palabras? ¿Acaso puedo fiarme de vuestras palabras?

Jaime tragó saliva. Antes de que respondiera, Teresa volvió a hablar.

—Os he dicho muchas veces que yo amaba a mi marido. Todavía lo amo. Y pienso hacerlo hasta el día de mi muerte.

—Yo también amaba a Violante y no podéis imaginar cuánto la echo de menos. Sin embargo, vuestro marido y mi esposa ya no existen.

No podemos aferrarnos a los recuerdos y amar sombras. Nadie, ni siquiera Dios, puede oponerse a los sentimientos de los seres humanos.

—No sé lo que siento por vos ni me importa —afirmó Teresa con una frialdad que resultaba insufrible para Jaime—. Ya os dije que os exoneraba de vuestra promesa. Os lo expliqué en una carta que os envié tan pronto como desposasteis a doña Violante. Supongo que lo recordaréis. No me debéis nada. Os ruego que me permitáis continuar mi camino y mi vida, y olvidéis que me habéis conocido.

Y, sin esperar respuesta del rey, Teresa Gil echó a andar hacia donde estaban el carruaje y los soldados.

El monarca se había quedado petrificado por el estupor. Jamás le habían hablado y tratado así.

—¡Teresa!

La dama se detuvo. El rey llegó hasta ella y le tomó la mano. Se la besó con delicadeza.

—¡Pedidme lo que queráis!

Teresa suspiró.

—No volváis a solicitarme lo que sabéis que es imposible.

—¡Os amo!

—Yo no puedo decir lo mismo.

Jaime la vio marchar. Contempló derrotado cómo Teresa y doña Martina subían al carruaje y cómo este se ponía en movimiento, seguido de la escolta.

Era la segunda vez en su vida que lo rechazaban. ¡Y en ambas ocasiones había sido la misma mujer!

Inocencio IV se creía invulnerable. Había derrocado a Federico II y asistía, igual que un espectador indiferente pero complacido, a la guerra abierta entre sus dos hijos, Conrado y Manfredo. Cuando se destrozarán el uno al otro, él se limitaría a recoger las piltrafas y dárselas a los perros. Había conseguido que se nombrara emperador al hombre que él había escogido según su propio interés: Guillermo de Holanda. Además, contaba con el apoyo de los Capetos y de su terrible ejército para imponer su autoridad política y militar allá donde se le desafiase.

También había puesto en su sitio a Jaime de Aragón, a quien la excomuniación y el interdicto habían hecho recapacitar acerca de su pa-

pel en el mapa político europeo. El haber instalado la Inquisición en su reino era otra muestra humillante del poder papal.

Jaime no ignoraba que estaba en el punto de mira del pontífice. Inocencio IV perdonaba, pero no olvidaba.

Así estaban las relaciones entre el monarca aragonés y el papado cuando Ramón de Peñafort, el brazo ejecutor de la Santa Inquisición, acudió al palacio real en compañía de dos monjes dominicos una mañana fría y nublada de noviembre.

Peñafort no entendía de retóricas mundanas. Tras el austero saludo, pasó al asunto que lo apremiaba.

—El santo padre confía en vos.

Se habían sentado en una de las salas de la torre principal. Desde allí se divisaba toda Barcelona, hasta el puerto, y la franja agrisada del mar.

—El obispo de Urgel, Ponce de Vilamur —siguió diciendo—, ha sido destituido por su santidad, pero no quiere abandonar la diócesis.

—Yo no tengo nada que ver en esos asuntos.

El soberano había dejado de sentir simpatía por el papa.

—No podéis decir eso en serio.

—¿Por qué no?

Ramón de Peñafort jamás se alteraba. Su proverbial prudencia estaba por encima de las banalidades de este mundo.

—El obispo ha sido declarado culpable de horribles vicios y delitos. Ha comerciado con objetos sagrados, ha cometido incesto con su hermana y, por si no fuera bastante, ha sido acusado de varios adulterios con damas nobles.

Jaime pensó en todos los hombres y mujeres adúlteros. Muchos de ellos pertenecían a la Iglesia. ¿Y qué? Era algo tan común que resultaba absurdo considerarlo pecado o asombrarse por ello.

—Yo soy el encargado de obligar al obispo de Urgel a abandonar la diócesis en paz —recordó Peñafort.

—Pues hacedlo.

—Sabéis que no puedo. Yo solo tengo unos pocos guardias para hacer cumplir las sentencias y detener a los pecadores, pero carezco de un ejército para llevar a cabo un asalto militar.

—Pedidle soldados al papa.

—No es una broma, majestad. Os los pido a vos. Necesito que me deis hombres para obligar al obispo Ponce por la fuerza.

—Eso vale dinero.

—¿Desde cuándo os preocupan más las cuestiones económicas que la ayuda desinteresada a la santa madre Iglesia?

Jaime contempló a Ramón de Peñafort con curiosidad. Los años empezaban a pasar factura por su físico. Tenía la cara surcada por mil arrugas y los ojos se le habían ido empequeñeciendo hasta parecer los de una ardilla.

—¿Qué hay de un judío llamado Ben Halfa? —preguntó de pronto el rey.

—¿Ben Halfa? Ha sido detenido.

—¿De qué se le acusa?

—De prácticas heréticas.

—¿Tenéis pruebas?

—No, pero las conseguiremos.

Jaime sabía que la Inquisición encontraba pruebas siempre, aunque no las hubiera. Si era preciso, las fabricaba. O torturaba al preso hasta que confesaba delitos que no había cometido. Jaime recordó a Mosé ben Nahmán y sintió un arrebato de furia que a duras penas logró reprimir.

—Ben Halfa es amigo mío —masculló el rey de mal talante—. El hombre que me iba a prestar dinero para pagar a mis soldados. Soltadlo.

Peñafort frunció el entrecejo.

—¿Cómo lo voy a soltar así por las buenas?

—Sabéis que la mayoría de los judíos son personas de bien. Halfa lo es. Si no lo liberáis, no me prestará el dinero para pagar a mis soldados, y entonces no podré daros hombres para que vayáis a Urgel a exigirle la rendición al obispo Ponce de Vilamur.

Ramón de Peñafort se removió inquieto en su silla.

—No es tan fácil. Las cosas de la Iglesia van despacio.

—Las cosas de la Iglesia, como las de la monarquía, van despacio o rápido según los intereses de cada momento. Haremos ese trato: liberáis a Ben Halfa, por falta de pruebas, y yo mandaré una hueste armada a Urgel.

El dominico se puso de pie y Jaime lo imitó.

—Tendréis noticias más en breve.

—Id con Dios, monseñor.

Los dos monjes dominicos, que habían estado de pie en todo momento como dos estatuas, salieron de la estancia flanqueando a Peñafort.

El rey los vio desaparecer tras la puerta y, cuando se quedó solo, volvió a sentarse. Sus pensamientos volaron hacia Teresa Gil de Vidaura.

Una semana más tarde, uno de los dos monjes dominicos acudió a palacio para notificarle que el judío Ben Halfa había sido declarado inocente y puesto en libertad.

En cuanto doña Martina de Lécera y Teresa Gil regresaron de Calatayud, Jaime fue a visitarlas.

Durante un buen rato, la conversación giró en torno a temas cotidianos. Doña Martina era una magnífica conversadora y siempre encontraba temas sobre los que hablar. Los hijos, las rentas, los hombres que trabajaban sus heredades, los recuerdos del marido... Teresa prefería callar y escuchar. Parecía siempre ausente, refugiada en un mundo espiritual al que nadie podía acceder. El rey había optado por no presionarla más, al menos por el momento, hasta que no advirtiera algún detalle que invitara a retomar el asedio.

Una de las criadas entró en la sala.

—Doña Martina, en la cocina solicitan su presencia. Será solo un momento.

La anfitriona se levantó.

—Disculpadme.

Jaime y Teresa se quedaron solos. Por la ventana entraba la claridad plomiza del invierno. Bajo el cielo sucio y deshilachado del atardecer, la ciudad simulaba ser un laberinto de callejuelas estrechas que no conducían a ninguna parte.

—Tenía muchas ganas de volver a veros —comentó el rey, intentando no parecer ansioso.

Teresa levantó la mirada y la posó en él.

—He estado meditando.

Jaime sintió que el corazón comenzaba a bombearle con fuerza dentro del pecho.

—No creo que me hablarais en serio —añadió Teresa.

—Yo siempre hablo en serio.

Teresa guardó silencio. Jaime se levantó y se acercó hasta ella. Colocó una rodilla en el suelo y le cogió la mano.

—No he hecho otra cosa más que pensar en vos. Os amo más que a nada...

—Por favor, majestad. Doña Martina regresará en cualquier momento...

—No me importa. Estoy dispuesto a gritarle a todo el mundo que no puedo vivir sin vos...

—Sois impetuoso y enamorado.

—No os entiendo. ¿Por qué decís eso? ¿Es que no me creéis?

—Sé que sois un hombre acostumbrado a conseguir lo que desea, pero yo no soy una mujer como las otras.

—¿Qué queréis decir?

—No os hagáis el tonto... Nunca seré una aventura de nadie. Ni siquiera del rey.

—Para mí no sois una aventura.

—Os lo ruego, no sigáis de rodillas delante de mí. Me enoja mucho veros así. Sentaos en la silla, por favor, y comportaos.

Nadie lo había tratado con tanta displicencia, y menos aún una mujer doce años más joven que él.

Jaime tomó asiento junto a ella.

—No puedo casarme con vos —reconoció el rey con expresión fúnebre—. Sin embargo, tenéis mi palabra de que os respetaré como si fuerais una reina.

—Yo no he dicho que quiera casarme.

—No lo habéis dicho, pero yo prefiero que sepáis la verdad, para que no digáis nunca que os he engañado. Si me volviera a casar, crearía un problema sucesorio demasiado grave. Tanto que podría originar una guerra.

—Todavía no os he dicho cuáles son mis sentimientos. Vos creéis que podéis decidir por los demás.

Jaime no comprendía que una mujer le pusiera tantas pegas. No le había ocurrido nunca.

—¡Sé que me amáis! —exclamó el rey.

—No seáis tan presuntuoso.

—Lo sé. Lo noto en vuestra mirada.

En aquellos momentos llamaron a la puerta. Ambos se volvieron y descubrieron a doña Martina, que asomaba discretamente la cabeza.

—Disculpad la tardanza.

Jaime y Teresa sonrieron un tanto forzados.

—¿De qué estábamos hablando? —preguntó doña Martina.

El monarca se puso de pie.

—Lo lamento, pero he de retirarme. Debo resolver varios asuntos importantes. Ha sido un placer verlas a las dos. —Luego se volvió a Teresa—: Adiós, Teresa. Nos veremos muy pronto.

Jaime abandonó la sala sin mirar atrás. Experimentaba una mezcla de sentimientos contradictorios que no sabía cómo dominar.

La guerra y la política, los hijos y el reino... Todo había pasado a un segundo plano desde que aquella mujer había vuelto a aparecer en su vida.

El soberano se hallaba en el patio de armas, conversando con varios de sus consejeros, cuando uno de los criados le avisó de que la visita que esperaba estaba en el salón de recepciones.

—Haced las cuentas y mañana las revisamos —le dijo a Asalid de Gúdar.

—Por supuesto, majestad.

Dejó a Asalid, a Entenza y a Jimeno y subió por la escalera hasta la torre, cruzó un par de pasillos y se dirigió con paso firme hasta el salón. Los dos soldados que hacían guardia en la puerta inclinaron la cabeza.

Jaime entró y oyó cómo uno de ellos cerraba a sus espaldas. En medio de aquella sala espléndida estaba Teresa, acompañada por una doncella de unos quince o dieciséis años.

Teresa vestía un traje azul oscuro, elegante, y se cubría con una capa.

—Habéis venido... —celebró Jaime por todo saludo.
—¿Tenía otra opción?
—Podíais haberos negado.
—No soy tan desconsiderada.
La doncella estaba con la cabeza baja, mirando el suelo.
—Podéis salir —le dijo el rey.
—No —replicó Teresa—. Prefiero que se quede. Lo que tengáis que decirme lo puede escuchar mi doncella.
—De acuerdo. Pero sentémonos.
Tomaron asiento en dos sillones de terciopelo rojo. La criada permaneció de pie a unos metros, en actitud de eterna reverencia.
—Os he hecho venir porque deseo proponeros un trato.
—Vos diréis.
—No puedo casarme con vos por razones obvias. Un nuevo matrimonio crearía un conflicto político de herencias y sucesiones que nadie entendería. Os ofrezco un contrato de concubinato.
Teresa se puso de pie indignada.
—Nunca creí que me llamaríais a vuestro palacio para insultarme.
—Por favor, serenaos. ¿Por qué decís eso? Al fin y al cabo, es una manera legal de hacer pública una relación.
—¡Nunca seré vuestra amante! ¡Sabadlo de una vez!
—Reconoceré los hijos que nazcan de nuestra relación y serán atendidos como verdaderos príncipes.
—No sigáis, majestad. Mi condición de viuda es para mí más noble que la de concubina. Os ruego que me dejéis marchar.
Jaime se levantó.
—¡Sois más tozuda que una mula! ¿Por qué me lo ponéis tan difícil?
—Hay mil mujeres que aceptarían gustosas meterse en la cama con vos, sin necesidad de firmar ningún papel.
—Pero yo no quiero a otra que no seáis vos.
Ella sonrió sin ganas.
—Guardaos los requiebros, majestad. Yo sigo amando a mi marido.
El rey la cogió del brazo.

—¿Vuestro marido? ¡Abrid los ojos, Teresa! ¡Sois joven! ¡Tenéis toda la vida por delante! ¡Y yo estoy dispuesto a besar el suelo que pisan vuestros pies!

Teresa lo contempló divertida.

—Sois apasionado y temperamental. En el campo de batalla debéis de causar pavor a vuestros enemigos.

—¿Qué puedo hacer para conseguir vuestro amor?

—Mi voluntad no se compra, majestad.

—Volved mañana. Os esperaré con mi confesor y mi notario. Cuanto me pidáis quedará registrado en su presencia. Quiero que veáis que soy sincero con vos y que cumpliré todo lo que os prometa. ¿Qué más prueba de amor deseáis de mí?

Ella se soltó del brazo que la retenía.

—Lo pensaré.

Jaime la vio salir de la sala acompañada de la doncella. Aquella mujer iba a conseguir desquiciarlo.